

CÉ SAR

AIRA

LA

ABEJA



emecé

CÉSAR AIRA

# La Abeja



emecé  
cruz del sur

Perra, arrastrada, zorra, serpiente... Yará, culebra... No encontraba las palabras, o encontraba demasiadas, le venían a la mente demasiado pronto, antes de que pudiera buscarlas, se acumulaban y transformaban sin dejarle espacio para pensarlas. Inmunda, teñida, negra, soberbia, cizaña, ponzoña... No tenían sentido. No significaban nada. Estaban vacías. No le venían naturalmente las palabras obscenas que habrían sido más apropiadas, aunque en el fondo de su corazón sabía que la estaba llamando «puta», mil veces, todo el tiempo, con gritos mudos que le hacían doler la lengua. Había una economía de las palabras, pero se confundía con la economía de la realidad; no podía funcionar en el vacío. El pobre Lorenzo sentía como si hubiera nacido para gritarle insultos a una mujer, y sus palabras no eran nada, nunca serían nada, no podían ser nada, sin la escena que les diera sentido. Gritárselas en la cara, a ella... Eso sería algo, pero era una posibilidad remota, siempre alejada y minúscula

en el fondo de una niebla espesa. Era inútil, porque esa clase de expresión obscena solo sale de una contracción súbita y muy violenta del pasado, como un hipo, un tapón a todo lo vivido que quiere volver a la superficie de la vida. No era cuestión de proponérselo. Su propio pasado fluía en otra dirección. Debería volverse un autómatas, un hipergesto, su lengua revolverse en el vacío de pronto. De lo que se trataba en el fondo era de la espontaneidad absoluta. No era cuestión de buscar sinónimos, porque dos o tres palabras bastaban, siempre las mismas. No era cuestión de palabras.

No sabía nada, estaba demasiado nervioso, perturbado. Le había sucedido lo que nunca habría creído que pudiera pasarle. Había hecho algo demasiado insólito en él (secuestrar a la esposa de su enemigo). Se había hecho real. ¿Cómo volver atrás? Por definición, era imposible. No se podía volver atrás ni siquiera para crear la escena en la que sus palabras quisieran decir algo.

Estaba sentado en el comedor, en una silla, atontado, exhausto. Una mano sobre la mesa, la otra sobre la rodilla. A la mujer la tenía atada y encerrada con llave en un dormitorio. Por suerte todavía no le había hecho una escena. Qué raro que no se hubiera puesto histérica. «Cada segundo cuenta», se dijo Lorenzo

interrumpiendo su retahíla mental, que más parecía un exorcismo.

Era cierto: cada minuto contaba, y él tenía trabajo que hacer. Fue a la cocina, el único ambiente habitado; esa casa en realidad no era una casa, o era una casa fantasma. Estaba en Pilar, a cincuenta kilómetros de la Capital, donde él vivía con su familia, en el barrio de Flores. La casa seguía en ese estado por la increíble desidia de Lorenzo. Veinte años después de comprar esa propiedad en Pilar, no había reunido la decisión, no digamos de refaccionar la casa y hacerla habitable, ni de tirar los pocos muebles inservibles que los dueños anteriores habían dejado, pero... ¡ni siquiera los había cambiado de lugar! Debía de tener una tara de la voluntad, de otro modo no se explicaba tanta dejadez. Tenía la excusa de que la casa había venido agregada a lo que en realidad había comprado, el terreno arbolado para la explotación apícola. ¿Pero qué le costaba dedicarse un poco a la casa, con las inmensidades de tiempo libre que tenía? Sobre todo teniendo en cuenta que pasaba mucho tiempo ahí, prácticamente todo el día, y además se quedaba a dormir por lo menos una vez a la semana, a veces dos. En fin. Hacía campamento. Debía de encontrarle algún encanto a la situación. En su casa en Flores hacía vida de pequeño propietario y padre de familia

perfectamente corriente. ¿Por qué aquí no? ¿Por qué no podía tener dos vidas? ¿Qué se lo impedía? La tara de la voluntad. Pero ni siquiera eso terminaba de explicarlo. Tenía que haber algo más... ¡Yegua!

Otra vez la mujer. Un intenso sentimiento de vergüenza le recorrió todo el cuerpo como un relámpago. Iba camino a la cocina. Se detuvo, se paralizó, por la vergüenza; y a la vez se apresuró. Siempre le pasaba lo mismo, desde chico, si iba caminando por la calle y le venía uno de esos recuerdos nefastos, se quedaba como una estatua, pero una estatua arrojada al vacío, a toda velocidad... Simplemente no podía caminar. En auto no le pasaba (habría sido peligroso), seguía adelante sin modificar la marcha, como si la máquina anulara el efecto de la vergüenza.

La cocina se cerró en un giro loco sobre él. La luz de la tarde envolvía la casa amenazadoramente. Miró su reloj pulsera.

—¡Señor...!

La voz de la mujer parecía llegar desde muy lejos. ¿Qué querría ahora? Por un instante pensó en irrumpir hecho una furia en el dormitorio y hacerla callar a sopapos. Gritando, además. Se había hecho la promesa de pegarle, y quién sabe si después habría otra ocasión. Estaba la posibilidad de que los acontecimientos se precipitaran, que todo se hiciera cortés y aceitado.

Pero salió a la galería, cerrando sin ruido; ella pensaría que no le contestaba porque estaba afuera.

Después de todo era cierto: siempre estaba afuera, trabajando como un esclavo. Dicho de otro modo, su trabajo se realizaba al aire libre.

«Mi casa es mi castillo», pensó, sacando una conclusión bastante incongruente.

Era el fin de una tarde invernal. El estado del clima le resultó muy sospechoso: no hacía frío ni calor, no había signos de la noche ni de la primavera. Podían ser ideas suyas. Fue a consultar la casita meteorológica. Como necesitaba predicciones seguras a las que adaptar la secuencia de trabajos con las abejas, y le disgustaba la arbitrariedad de los pronósticos de la televisión, había recurrido al sistema clásico del matrimonio de campesinos en el balancín horizontal. Era ingenioso y agradable, casi estético, símil científico, medio mántico; no se hacía mucho problema por el aspecto científico y la seguridad: él se sentía seguro, se tranquilizaba, tenía un punto de referencia. Lo interpretaba a su modo, pero igual le parecía objetivo. Encontró al viejito afuera, de un rosa fuerte. Eso podía significar tormenta, salvo que cambiara el viento.

Esa pareja de muñecos de cristal, de tan conocida, se le había vuelto parte de su familia, de su percepción. Desde hacía un tiempo, siempre que estaba

frente a ellos sentía el deseo loco de agarrar al que estuviera asomado, el viejo o la vieja, en el puño, arrancarlo y comérselo, destrozarlo con los dientes como un caramelo.

Una tormenta de medianoche. Mares de agua descargándose sobre el mundo. Y él, de impermeable, cobrando los cien mil dólares que le debía ese cretino. A la mujer la llevaría a su casa, y se despedirían para siempre, tras jurarse silencio eterno sobre lo que había pasado. Truenos, relámpagos, silbidos escalofriantes del viento, y la plata en su bolsillo. Nunca había visto tanta plata junta.

Había algo en ese plan que no lo satisfacía del todo. La mujer, por supuesto. Las escenas de violencia. Eso faltaba, no sabía dónde podía calzar. De tanto insultarla mentalmente para darse valor, creía que podía reconstruir sus procesos mentales paso a paso, al detalle. La escena se hacía a priori en él; pero confiaba en un elemento imprevisto. Quizás al imaginar una tormenta en la casita estaba anticipando la escena. De cualquier modo, no había vuelta atrás.

Un chino de sobretodo cruzó su campo visual. ¡Lo que le faltaba! Estaba casi completamente seguro de que los chinos hoy no tenían que venir. Tenía seiscientos panales, y sin los chinos no habría podido operar. ¡Pero todo era tan automático! Las cosas funcionaban



solas, las abejas lo hacían todo. Y sin embargo, el automatismo tenía sus repliegues, tarde o temprano todos los días a la superficie automática de la jornada le salía una mancha humana. O por lo menos día por medio.

Fue rápido para el lado donde lo había visto desaparecer. Era el chino viejo, el del sobretodo negro. No iba a ser difícil alcanzarlo porque se desplazaba a pasitos.

Se había venido con toda la familia, hasta las criaturas, los biznietos. Eran veinte. Era el jueves veintinueve de junio, el día más corto del año. ¿Qué se traerían entre manos? ¿Una explicación definitiva, un reclamo de sueldos atrasados? Se paralizó frente a ellos, a unos veinte metros. Los veinte se inclinaron ceremoniosamente. Las nubes bajas ronroneaban. Los árboles se sacudían un poco, muy poco. Dentro de la sobrenatural falta de temperatura del aire, sentía un frío terrible.

De pronto había un espacio inmenso bajo el cielo, como si los puntos cardinales se hubieran hecho realidad; como si se hubieran quedado quietos. El único orgullo verdadero de su vida era su granja apícola, su obra. Le parecía tan grande, tan monumental... No le preocupaba ser su esclavo, porque también era su amo. El esclavo al aire libre. Grande como una China,

llena de trabajo. La laboriosidad infinita: hombrecitos-abeja trabajando todo el tiempo, y todos eran él. Era puro espacio.

Se acercó a los chinos tratando de dar a sus pasos un sentido de «no pasarán», para lo cual mantenía la mayor conciencia posible de la casa a sus espaldas. No creía que funcionara, pero no le costaba nada probar (además, lo hacía automáticamente). Nunca tenía que comunicarles nada especial a los chinos, así que no tenía un idioma gestual a su disposición. De hecho, eso era una emergencia. Se dirigió al viejo:

—Quiero que se vayan inmediatamente de aquí, don Fu Man Chú. Quiero estar en privado. Tengo una mujer en la casa.

Los chinos eran la parte impune de su vida. Podía decirles lo que le viniera a la cabeza. Si hubieran entendido lo de la mujer, lo habrían asimilado con la mayor naturalidad: en lugar de sexo, los chinos tenían una especie de prostitución esencial. Pero no hablaban castellano, ni una palabra, ni lo hablarían nunca. El viejo le contestó con un discursete sonriente en su lengua.

A lo que él respondió con algo, no supo qué, porque en esas ocasiones dejaba de entenderse. Los chinos tenían, y era uno de los motivos por los que Lorenzo se había aferrado a ellos, un automatismo de trabajo, y de vida. Como si no se les ocurrieran ideas; era todo

hacerlo, y listo. Hacerlo todo. A él le convenían perfectamente; debía de ser por eso que ellos también se habían aferrado a él. Un empresario corriente habría exigido más iniciativa, para poder delegar tareas. Él no era de esos. La clave del manejo del artesano es hacerle entender el «porqué» a su aprendiz; a partir de ahí, lo puede poner todo él, y muy bien. ¿Pero cómo habría podido hacerles entender el «porqué» de la miel, si no hablaban la misma lengua? Es que los chinos no eran artesanos; las abejas tampoco: Lorenzo jamás había aceptado esas ridículas metáforas, esas humanizaciones. De modo que tanto con unos como con otras se trataba de pura fatalidad, trabajo no psicológico. No se necesitaba comunicación, ni siquiera gestual; con esta última Lorenzo no se habría atrevido de todas maneras, porque estaba genéticamente incapacitado para entender la mímica en cualquiera de sus manifestaciones.

Eran indiferenciados. Uno cualquiera valía por cualquiera de los otros. Tenían valores distintos de los occidentales, eso estaba de más decirlo. De modo que no valía la pena buscar sentido en lo que hacían fuera del automatismo. Sin embargo, su empleador no podía evitar las interpretaciones, aunque más no fuera para entenderse él, para mantener bajo control sus propias reacciones.

La principal divergencia de valores se ponía en evidencia en la naturalidad asombrosa con la que ejercían esa prostitución de ellos, que parecía desinteresada. No importaba que hubieran podido ser sus hijos, al contrario: casi todos los días una joven, una adolescente, buscaba el modo de quedarse a solas con él, creaba la ocasión, y le dirigía una mirada, una «sonrisa seria», parecía relajarse, fluir, como si se preparara para que le sacaran una fotografía o dijera: si quiere aprovecharse de mí, este es el momento. En una palabra, se entregaban. Era curioso que Lorenzo lo dijera, o pudiera haberlo dicho, porque él jamás habría entendido esas sutilezas gestuales, estaban en una órbita distinta de la suya. La niña daba por hecho que él habría «arreglado» con el padre o el abuelo; es decir, daba por sentado que él había entendido la oferta que le habían hecho, lo que no era tan inverosímil, porque si bien la chica sabía que él no entendía el idioma, bien podía suponer que se habían comunicado por números (por ejemplo indicándolos con los dedos) la cifra a cambio de la cual ella cedía sus favores. Y eran bonitas, bien formadas, rollizas, frescas... No podía ser otra cosa que prostitución, porque solo en su lengua universal de dinero y números podía arreglarse. Inclusive él habría podido jurar que daban por seguro que el precio sería acreditado en la planilla

de sueldos, como bonificación (por ejemplo: por presentismo), de modo de hacerlo del todo automático, de tipo «crédito directo». Los ojos negros, tranquilos, la piel de porcelana, el pelo brillante. Exactamente como chicas, eran muchachos, chinitos taxi-boy; muy trabajadores, muy confiables, de prósperas familias chinas inmigrantes... pero vendían sus cuerpos (en lugar de reservarlos para hacer una segunda China en la Argentina), se prostituían: evidentemente era una cosa cultural. Era por eso sobre todo que no aceptaba; tenía un sincero horror a la homosexualidad. Si hubieran sido chicas quizás habría agarrado viaje, si no la primera vez la segunda, porque se habría dicho: ¿por qué no probar? ¿Qué me cuesta? O quizás no. Es fácil decir «podría probar», pero es fácil justamente como prueba especulativa, como posibilidad. Hacerlo es otra cosa. No, con seguridad no habría aceptado; la prueba es que no aceptaba, aunque eran chicas, debían serlo, siempre en realidad, ya que resultaba difícil de creer, aun con toda la latitud que se le diera a la diferencia de culturas, que los varones se prestaran a esas prácticas humillantes; a todos ellos, los jóvenes, los conocía desde que habían nacido. ¡Una vida entera en la Argentina, y persistían esos extraños hábitos chinos! Se hacía el que no entendía (si es que entendía, si no era todo una fantasía suya). Era como

si fueran hijos suyos; y sin embargo edípicos, extraños, prostituidos, entregados al primer recién llegado.

¡Qué relación trémula! Había mucha gente que creía que él era chino. Eso se debía a su apellido, que era Chan (no Chang). En realidad era la grafía de un apellido español perfectamente corriente. A sus abuelos inmigrantes, analfabetos, los habían anotado así, y así habían quedado.

Y sin embargo en esos ojos, en los ojos indescifrables, estaba toda la gloria de las estaciones, que es como decir «la gloria de las glorias». El silencio del mundo, y el canto de los cielos. El canto de una cabeza.

¿Podían tener arrugas? ¿Podían tener esas pequeñas arrugas alrededor de los ojos? ¿Podían tener ojeras? Quién sabe. Quién sabe.

Lo cierto es que esa tarde no solo no consiguió expulsarlos sino que terminaron todos en la cocina de la casa celebrando lo que parecía un cumpleaños. Los paquetes que tenían en las manos revelaron ser tortas, masitas y botellas de vino de arvejas, todo lo cual fue alegremente consumido entre canciones y batir de palmas. Lorenzo participó lo mejor que pudo. Del dormitorio venían los gritos de la mujer, primero los «¡Señor...!» con los que lo llamaba, después, envalentonada, seguramente creyendo que una muchedumbre de extraños se había metido en la casa en

ausencia de su dueño: «¡Socorro...!». Los chinos no daban señales de oírla.

Era realmente extraño lo que estaba pasando. Daba vértigo pensarlo. Y sin embargo, estaba pasando sin que la realidad se alterase un milímetro.

Hubo un canto alterno (cuando le llegó su turno, él zafó con el *Happy Birthday* en castellano), que, junto con el agotamiento de las provisiones, indicaba el fin de fiesta. Habían llegado muchos chinos más, hasta que la cocina se llenó del todo, y después se quedaron esperando afuera. Salieron (¡por fin!) y en el crepúsculo gris y ventoso el centenar de chinos, la totalidad de los que trabajan en la granja apícola, hicieron un largo despliegue de danzas propiciatorias, sin sacarse sobretodos ni bufandas. Lorenzo, que en la nerviosidad había bebido sin cesar el vino de arvejas con que le llenaban el vasito de papel, estaba mareado, incómodo, más desubicado que nunca. En general no recurría al alcohol para darse ánimo. Había bebido sin darse cuenta de lo que hacía. Fue varias veces al rincón del alero donde tenía colgada la casita meteorológica; no hubo cambios. Pero la presión debía de estar bajando, o subiendo, a niveles insólitos. El coro de voces chinas subía al cielo, en raras salmodias, y las cuadrillas hacían figuras, las deshacían. Eran danzas figurativas. Representaban los distintos avatares de la

vida comunitaria, con especial énfasis, por motivos fáciles de entender, en la experiencia del destierro, de la separación, de la nostalgia y el arraigo en países lejanos. Se desgañitaban, las voces de cristal; los rostros chatos, amarillos, se cubrían de sudor cristalino. Los cuerpecitos abrigados iban y venían por las avenidas entre las colmenas, llamándose, llamando al cielo en blanco. Lo peor, pensaba Lorenzo, era que todo eso debía de tener un sentido, ser razonable, explicable, sensato. Porque nadie hace cosas porque sí; él mismo era un ejemplo de esto último: nunca en su vida había podido hacer algo por completo absurdo. Y conociendo a los chinos, como los conocía íntimamente desde hacía veinte años, podía estar seguro de que nunca se salían de sus rutinas, de sus realidades sólidas. Quizás todo lo extraño se debía nada más que a su distracción; se sabía muy distraído, era su defecto más notable.

Algo que nunca había intentado era andar en zancos estando borracho. Pero siempre hay una primera vez. Entró a la cocina a buscarlos. Se los ató a los pies y encima se puso los «pantalones» de raso violeta, dos tubos de cuatro metros de largo, se alzó en un santiamén y partió bamboleándose entre las cuadrillas de danzarines, a los que ahora veía más pequeñitos, allá abajo. Lo envolvían los corales atorbellinados por el



viento, los respondía con un «oh oh oh» alegre desde la altura mientras iba y venía. Su cabeza rozaba las copas de los árboles, creía sentir allá arriba caricias de lluvia ignoradas en la superficie.

¡El mundo chino valsaba sobre el planeta, colorido y disperso! Cada colmena era un cofre blanco repleto de oro, una caja de Pandora que encerraba un viento distinto. Los límites de su establecimiento se confundían con los horizontes, y latían suavemente. Cada paso, una estrella. Andar en zancos era como bailar, sin tener que bailar; él no sabía bailar, no tenía idea de ritmo ni la flexibilidad necesaria; pero ahora descubría que los zancos le permitían intervenir en la danza.

En una vuelta quedó frente a la casa, a la altura de la línea del techo, y vio que estaba cubierta de gatos sentados mirándolo, como espectadores en el superpullman. Eran los gatos que él alimentaba con platos de carne picada y leche. Se habían subido todos al techo y estaban fijos uno al lado del otro, las orejas paradas, como una decoración de cornisa, bibelots de cemento peludo.

—¡Oh oh oh!

—¡Chin chi chi ñan huán han lí!

—¡Oh oh oh!

—¡Ah ah chan lon chón non chón!

—¡Oh oh!

—¡Miau miau miau miau miau!

—¡Oh oh oh!

La cabeza le daba vueltas. En cambio los chinos sacudían las suyas como diciendo ¡qué ridículo! Complacientes como eran (nadie lo sabía mejor que él) eran difíciles de contentar. Quizás se habían ofendido con su gesto, que en el fondo era pura buena voluntad, deseo inocente de participación. Su sentido de la estética era exigente, muy asimétrico. Su bonita coreografía quedaba arruinada, y sus valores propiciatorios se echaban a perder, con ese gigantón infantil y sus hipoes de sobrenaturaleza.

De todos modos se despidieron amablemente, todo sonrisas. Lorenzo suspiró de alivio al quedar solo. Los chinos, que en algunos aspectos parecían japoneses, habían filmado en video toda la ceremonia, y en el curso de la semana la estuvieron pasando en varios canales de televisión; en el de cable de Pilar, completa.

El paseo en zancos había tenido dos fases. La primera, de movimientos graciosos y elegantes; la segunda (probablemente a partir del momento de ver a los gatos), una marioneta electrizada.

Un documental etnográfico: la vida de las abejas. En medio de la ceremonia al aire libre irrumpía una mujer desesperada, una morochona excesivamente

teñida, y de atuendo impropio para una cuarentona y para la temperatura bajo cero: calzas, top de lycra, chinelas rosas con taco y pompón, bijou dorada. Aparecía gritando, pidiendo auxilio, retorciendo los gruesos labios pintados en palabras patéticas, alzando los brazos al cielo. Era la entrada de la realidad en escena. La realidad más extraña que los ritos.